


# Urania - Astronomía - Astrología. Un problema iconográfico

**Marta Carrasco Ferrer**

Universidad Camilo José Cela (España) ✉ 

**Miguel Ángel Elvira Barba**

Catedrático Emérito de Historia del Arte, Universidad Complutense de Madrid

<https://dx.doi.org/10.5209/dmae.106903>

<https://dx.doi.org/10.5209/dmae.106903> Recibido: 8 de enero de 2026 • Aceptado: 21 de marzo de 2026

**Resumen:** El presente estudio no parte de cero. Desde hace varios meses venimos estudiando los frescos que cubren la bóveda de la biblioteca del Escorial, presididos por las Siete Artes Liberales. Hasta ahora hemos analizado, sin mayores tropiezos, la iconografía de las seis primeras -Gramática, Retórica, Dialéctica, Aritmética, Música y Geometría-; pero, al abordar la séptima, nos hemos enfrentado a un grave problema: en principio, debería ser la "Astronomía", siguiendo una tradición que se remonta a Antigüedad; pero, según la inscripción que la identifica, es la "Astrología", una disciplina más o menos esotérica. ¿Cómo explicar este hecho? ¿Se equivocó quien eligió el nombre? ¿Quiso, por el contrario, comunicarnos lo que pensaba, en realidad, sobre el estudio de los astros?

**Palabras Clave:** Siete Artes Liberales, Biblioteca del Escorial, Iconografía, Astronomía, Astrología, Renacimiento español, Tradición clásica, Disciplinas esotéricas.

## <sup>EN</sup>Urania - Astronomy - Astrology. An iconographic problem

**Abstract:** This study does not start from scratch. For several months, we have been studying the frescoes that cover the vault of the El Escorial library, presided over by the Seven Liberal Arts. So far, we have analyzed, without major setbacks, the iconography of the first six -Grammar, Rhetoric, Dialectic, Arithmetic, Music, and Geometry-. However, when approaching the seventh, we encountered a serious problem: in principle, it should be 'Astronomy,' following a tradition dating back to Antiquity; yet, according to the inscription that identifies it, it is 'Astrology,' a more or less esoteric discipline. How can this fact be explained? Did the person who chose the name make a mistake? Or did they, on the contrary, wish to communicate their actual thoughts regarding the study of the stars?"

**Keywords:** Seven Liberal Arts, Escorial Library, Iconography, Astronomy, Astrology, Spanish Renaissance, Classical tradition, Esoteric disciplines.

**Sumario:** 1. Los orígenes de las Artes Liberales y el reinado de Urania. 2. La aparición de la Astrología. 3. La Astronomía y la Astrología en Roma. 4. De los primeros cristianos a San Isidoro. 5. La Astronomía en la Europa prerrománica y románica. 6. La ciencia de los astros irrumpe en la cultura gótica. 6.1. La Astronomía en las artes góticas. 6.2. Las Artes Liberales y la Astronomía en la cultura gótica italiana. 7. La Astrología se enfrenta a la Astronomía. 8. El triunfo de la Astrología y la vuelta de Urania. 9. Bibliografía

**Cómo citar:** Carrasco Ferrer, M., Elvira Barba, M. A. (2026). Urania - Astronomía - Astrología. Un problema iconográfico. *De Medio Aevo* 15/1, 1-17. DOI: <https://dx.doi.org/10.5209/dmae.106903>

### 1. Los orígenes de las Artes Liberales y el reinado de Urania

Para encuadrar este problema, debemos remontarnos más de dos milenios. Fue en el siglo IV a.C. cuando se enfrentaron Platón y Aristóteles a la hora de diseñar la educación de los jóvenes. Platón prefería centrarse en la Filosofía, mientras que Aristóteles se decantó por un mayor equilibrio entre las siete ciencias que denominó *Eleútherai Epistemai*, "disciplinas libres": las que,

con el tiempo, serían llamadas en latín y en castellano Artes Liberales. Una de ellas, la Astronomía, estaba por entonces perfectamente conformada en Grecia. Hacía tiempo que habían puesto sus cimientos Tales de Mileto y Pitágoras, y en el propio siglo IV a.C. la estaba sistematizando Eudoxo de Cnido, discípulo de Platón, empeñado en situar los astros dentro de la bóveda del cosmos, conformando así la que acabaría llamándose *sphaera graecanica*.

Pero la Astronomía no era solo una disciplina empírica. Cualquier griego veía los astros como personificaciones de algunos dioses o, al menos, como sus residencias ocasionales: el Sol era Helio; la Luna, Selene, y distintas constelaciones, los destinos alcanzados por ciertos semidioses que, mediante unas metamorfosis peculiares —los catasterismos—, se habían visto inmortalizados en lugares remotos del cielo.

Durante el Periodo Helenístico, se multiplicaron estos catasterismos, a la vez que se asumió y amplió la enseñanza aristotélica. De este modo, convivieron sin problema la Astronomía científica y la Astronomía poética, representada esta última por un poema que causó sensación: los *Fenómenos* de Arato (315-245 a.C.). Tanto éxito tuvo, que dio lugar a secuelas, como los *Catasterismos* de Eratóstenes, y a explicaciones, como los *Comentarios* del mayor de los astrónomos helenísticos, Hiparco, a mediados del siglo II a.C. Incluso fue traducido al latín, tanto por Cicerón como por Claudio César Germánico y, a fines del siglo I a.C., inspiró un *De sideribus tractatus*, que se suele atribuir a Gayo Julio Higino (64 a.C.-17 d.C.).

Llegados a este punto, hemos de señalar que, desde el siglo III a.C., tanto los sabios como los poetas dedicados a los astros en Alejandría, Pérgamo y Rodas tomaron como inspiradora a Urania, una de las Musas, y que, en consecuencia, los artistas se plantearon darle una forma concreta: estuviese en pie o sentada, debía vestir túnica y manto, aparecer en actitud meditativa y mostrar, sea en sus manos, sea a sus pies, una esfera, que debemos interpretar como la imagen convencional del cosmos, no de la tierra. También podía llevar en la mano una vara o puntero para señalar cualquier punto sobre este globo.



Fig. 1. Urania de tipo helenístico. Copia romana, siglos I-II d.C. Madrid, Museo Arqueológico Nacional. Foto: Wikimedia Commons

## 2. La aparición de la Astrología

Sin embargo, ya en la primera mitad del siglo IV a.C. había asomado por la Hélade una ciencia extranjera, y muy peculiar: era la “Astrología caldea”, una disciplina capaz de entrar en conflicto con la Astronomía griega, y, sobre todo, con su tendencia más científica.

La “Astrología caldea” —así llamada por el nombre que daban los griegos a los sabios babilónicos— se basaba en la idea de que el movimiento de los astros influye en la suerte de la tierra y de sus habitantes, partiendo de un principio teórico que se daba por supuesto, aunque, desde luego, fuese muy difícil de demostrar: la unidad indisociable de todo el cosmos y, por tanto, la existencia de una conexión invisible, pero segura, entre el “macrocosmos”, que es el cosmos en su conjunto, y cada una de sus partes, o “microcosmos”, incluido, sobre todo, el ser humano.

Esta disciplina había nacido en Mesopotamia: allí pudo empezar a configurarse en el 3º milenio a.C. en torno a los zigurats, verdaderos observatorios para el estudio de los astros, y, al parecer, adquirió su forma definitiva a partir del siglo VIII a.C.

Los astrólogos caldeos extendieron el estudio del Sol, la Luna y los cinco planetas visibles -Ishtar (Venus), Nabu (Mercurio), Nergal (Marte), Marduk (Júpiter) y Ninurta o Ninib (Saturno)- a ciertas estrellas: de este modo, elaboraron la idea de un círculo de constelaciones: las doce que componen el zodiaco. La coincidencia o proximidad de los planetas a los signos zodiacales en momentos precisos fue la base de las predicciones u horóscopos, objetivos fundamentales de esta “Astrología caldea”.

Los conocimientos astronómicos de los babilonios dieron lugar en Grecia, ya en el siglo IV a.C., a un consenso general sobre los nombres de los planetas, imponiéndose los de Afrodita (Venus), Hermes (Mercurio), Ares (Marte), Zeus (Júpiter) y Crono (Saturno). ¿Qué podían objetar los griegos a los sabios babilónicos, si, como ellos, estaban acostumbrados a ver dioses y héroes en la bóveda del cielo? Más problemática resultaba la aceptación de las predicciones y horóscopos, cuando, para los astrónomos griegos, lo único que podían prever las estrellas era la llegada de la próxima estación, o, en el mejor de los casos, el momento de un eclipse. Al principio, las tesis más complejas y arriesgadas de la “Astrología caldea” suscitaron poco entusiasmo entre los estudiosos: el propio Eudoxo de Cnido “dijo en sus escritos que las predicciones y los horóscopos de los caldeos no le merecían ninguna confianza”<sup>1</sup>.

Sin embargo, pasadas unas décadas, a principios del siglo III a.C., la situación empezó a cambiar, en buena parte, gracias al entusiasmo de un caldeo muy activo: Beroso de Babilonia, sacerdote de Bel. Bien conocido en la época de Seleuco I Nicátor (305-281), el fundador de la Dinastía Seléucida, fue un hombre polifacético: escribió un tratado sobre la historia de Mesopotamia —las *Babiloniacas*—, pero también, y es lo que aquí nos interesa, se instaló en Cos hacia el año 280 a.C., abrió una escuela de “Astrología caldea”, e ilustró su actividad con unos tratados de Astronomía y Astrología, perdidos hoy, por desgracia.

Para hacernos una idea de los oráculos que Beroso y sus primeros seguidores podían pronunciar en esta

<sup>1</sup> Cicerón, *De divinatione*, II, xlii.

escuela, bien podemos leer un horóscopo babilónico de su época: “En el año 48 de la era seléucida (263 a.C.), un niño ha nacido en la noche del 23 del mes de Adar. El Sol se encontraba a 13° 30' de Aries; la Luna, a 10° de Acuario; Júpiter, al principio de Leo; Venus y Mercurio coincidían con el Sol; Saturno se hallaba en Cáncer, y Marte, a finales de Cáncer. Por tanto, este niño será pobre, e incluso podrá pasar hambre. Vivirá sano durante treinta y seis años, pero no después, aunque su vida será larga”<sup>2</sup>.

Oráculos de este tipo causaron sensación cuando empezaron a divulgarse por las costas del Mediterráneo. En Egipto, Beroso y los suyos tuvieron seguidores muy activos, que conformaron en pocos años la conocida como “Astrología egipcia”, con sus propios signos del zodiaco, y que acabaron expresando sus saberes en escritos esotéricos, atribuidos a sabios imaginarios, y en una obra de arte tan compleja y fascinante como el *Zodiaco de Dendera* (siglo I a.C.), conservado hoy en el Louvre.

La acción de Beroso se vería apoyada, a principios del siglo I a.C., por otro astrólogo caldeo, Teucro de Babilonia, que aportó algunas novedades: fue él, al parecer, quien organizó la llamada *sphaera barbarica*, capaz de completar la *sphaera graecanica* de Eudoxo subdividiendo cada signo del zodiaco en tres decanos de diez días cada uno, y fijándose, a la vez, en otras muchas constelaciones y estrellas secundarias: las llamadas *paranattellonta*, literalmente, “las que se elevan al lado”.

En Grecia, la “Astrología caldea” desencadenó pasiones encontradas desde la época de Beroso. En concreto, los filósofos epicúreos -que emplearon ya la palabra “Astrología” para designarla, oponiéndola conscientemente a la palabra “Astronomía”- se enfrentaron a ella desde el principio, ya que, para ellos, carecía de sentido la idea de la unidad de los mundos celeste y terrestre, que constituía, como hemos dicho, la base teórica de la ciencia oriental.

En cambio, los estoicos tendieron a aceptar las tesis de los caldeos. Aunque no todos, ni de cualquier forma: en concreto, Panecio de Rodas (185-109 a.C.) “rechazaba las predicciones de los astrólogos, y hacía constar que Arquelao y Casandro, astrónomos famosos de su época, no usaban para nada esta técnica. Escíflax de Halicarnaso, amigo de este Panecio, sabio astrónomo y prestigioso gobernante en su ciudad, rechazaba también las predicciones de los caldeos”<sup>3</sup>.

El mayor problema que veían los estoicos en la Astrología era que se enfrentaba a una idea fundamental para ellos: la responsabilidad que deben asumir los hombres ante sus propias acciones. Sin embargo, lograron superar este trance afirmando que los astros influyen en la vida humana, pero dejan cierto espacio a la libertad individual: una tesis destinada –tendremos ocasión de verlo– a un éxito inusitado a lo largo de los siglos.

### 3. La Astronomía y la Astrología en Roma

La misma confusión reinó en Roma, donde las primeras noticias de la “Astrología caldea” llegaron a

principios del siglo II a.C.: Catón el Censor (234-149 a.C.) y el poeta Ennio (239-169 a.C.) se enfrentaron a ella e inspiraron las persecuciones decretadas desde el año 139 a.C. contra los astrólogos que querían instalarse en la Urbe. Sin embargo, las promesas que hacía esta ciencia misteriosa, aparentemente exacta, resultaban muy atractivas: en el siglo I a.C., sedujeron al dictador Sila, al filósofo estoico Posidonio (135-50 a.C.) y a otros escritores<sup>4</sup>. En cambio, Marco Terencio Varrón (116-27 a.C.), firme defensor de las enseñanzas helenísticas y responsable de su adopción por las escuelas romanas, se mantuvo escéptico.

Otro tanto hizo Cicerón (106-43 a.C.): cuando habló de las *Liberales Artes* o *Liberales Doctrinae*, negó el carácter científico de la “Astrología caldea”, que conocía muy bien: “Los que defienden a los caldeos, valorando sus horóscopos, dicen que existe, en una franja con figuras llamada por los griegos “zodiaco”, una fuerza que hace variar las disposiciones celestes (...). En el momento en que nace un niño, los astros trazan (en el cielo) un triángulo o un cuadrado (...). Creen que la influencia bajo la que nacen los niños determina su naturaleza, sus aptitudes, sus gustos y distintas circunstancias de su vida”<sup>5</sup>.

En cambio, entre los partidarios de la “Astrología caldea” se halla por esas fechas Diodoro Sículo: este, en su Biblioteca Histórica (h. 35 a.C.), dice que los “caldeos” mesopotámicos vienen a ser como los sacerdotes de Egipto, y señala que “dedican al estudio todo el tiempo de su vida, y que gozan de la mayor reputación en el campo de la Astrología (...), dedicándose también a la adivinación” y aprendiendo de sus progenitores sus técnicas y saberes (II, 29).

Diodoro nos proporciona muchos datos sobre la Astrología: “Los caldeos (...) advierten cuánta importancia tiene la observación de los planetas (...); en particular, les interesa el llamado Crono por los griegos, que es el que (...) presagia más acontecimientos (...), y le siguen Ares, Afrodita, Hermes y Zeus (...), que, con sus cursos respectivos, muestran lo que va a ocurrir en el futuro. Sostienen, en efecto, que, unas veces por sus ortos, otras por sus ocasos, y algunas por su color, estos astros dan señales a quienes les prestan una atención minuciosa” (II, 30, 1-5).

Diodoro conoce también las teorías de los caldeos sobre los decanos, pero añade que tienen más poder los doce signos del zodiaco (II, 30, 6-7). Finalmente, afirma que, estudiando los astros, “conocen los caldeos lo que va a ocurrirles a las personas. Dicen que hicieron predicciones a muchos reyes, como Alejandro (...) y sus sucesores –Antíoco y Seleuco Nicátor–, y es fama que acertaron en todas sus profecías (...). Predicen también a los particulares lo que va a ocurrirles, y lo hacen con tal acierto, que los que han hecho la prueba han quedado atónitos” (II, 31, 1-3).

Mientras que la Astronomía griega tradicional, en sus vertientes científica y poética, mantenía su prestigio hacia el cambio de era, la “Astrología caldea” intentaba –y lograba– abrirse camino en los niveles más altos de la sociedad romana. Según Suetonio, Augusto “subió al observatorio del astrólogo

<sup>2</sup> Eisele, 2003, p. 229. En realidad, el horóscopo babilónico más antiguo conocido se remonta a fines del siglo V a.C. (Taton, 1988, p. 96).

<sup>3</sup> Cicerón, *De divinatione*, II, xlii.

<sup>4</sup> Entre ellos, podemos destacar a Gémino de Rodas, discípulo de Posidonio, y a Publio Nigidio Figulo.

<sup>5</sup> Cicerón, *De divinatione*, II, lxii.

Teágenes en compañía de Agripa. Al recibir este último (...) augurios impresionantes, casi increíbles, Augusto se negó a revelar la hora de su nacimiento, temiendo quedar muy por debajo; pero, tras muchas dudas, lo hizo, y, entonces, Teágenes dio un salto y se postró ante él. A partir de entonces, tanta confianza tuvo Augusto en su destino, que hizo publicar su horóscopo y acuñar un denario con la imagen de Capricornio, el signo bajo el que había nacido”<sup>6</sup>. Pero su actitud fue ambivalente: temiendo que la pasión por la Astrología se desatara en toda Roma, prohibió que los particulares consultasen a quienes ofrecían predicciones astrales.

A raíz de este hecho, la pasión por la Astrología se difundió, superando las barreras oficiales. A principios del siglo I d.C., Marco Manilio escribió en latín un importante tratado en verso que, pese a su título, *Astronomicon*, era, en realidad, de carácter astrológico, puesto que insistía en la “razón celestial” que rige el universo y en las relaciones que hay entre los astros y el nacimiento de los niños, tomando como base las teorías de Teucro de Babilonia. Por desgracia, este libro nos ha llegado incompleto, pero podemos asegurar que, bajo un estilo oscuro, analiza los signos del zodiaco, los decanos, los paranatellonta y los horóscopos.

Más tarde, ya a fines del siglo I d.C., escribió Doroteo de Sidón un tratado de Astrología en cinco libros, parte en verso, parte en prosa, que tendría una historia muy peculiar: traducido a un dialecto indio, de él pasaría al árabe, lengua en la que ha llegado hasta nosotros.

En el siglo II d.C., la discusión a favor o en contra de la Astrología seguía en pie, pero se limaron los enfrentamientos entre los sabios: todos ellos eran capaces de aceptar a la vez, con variados argumentos, la Astronomía científica, la Astronomía poética y la Astrología caldea: la filosofía estoica, muy difundida por entonces, facilitaba su labor, dando un valor relativo a la fuerza de los horóscopos y dejando a salvo la libertad humana.

En este punto cabe destacar la figura de Claudio Ptolomeo (100-178 d.C.), de quien hablaremos bastante a partir de ahora, porque su importancia es inconmensurable. Se interesó por distintas ciencias —como la geografía, la música y la óptica—, pero fue, sobre todo, el astrónomo más importante del mundo antiguo, ya que supo reunir en su tratado *Mathematiké syntaxis* —conocido en el medioevo con el nombre arabizado de *Almagesto* (“el mayor”)— todos los conocimientos sobre astros que había acumulado la cultura griega, sin excluir referencias respetuosas a la Astrología.

En efecto, Ptolomeo fue también un astrólogo eminente, capaz de buscar alguna base científica a las tradiciones caldeas. Según explicó en su *Tetrabiblos*, la Astronomía es la ciencia que nos permite “comprender las figuras que en cada momento adoptan, en sus movimientos, el Sol, la Luna y los demás astros, tanto entre sí como en relación con la Tierra”; en cambio, la Astrología, igualmente válida, es la ciencia que nos permite “observar, gracias a estas mismas figuras, los cambios que se van a operar en los seres” (I, praef.). Precisamente en este

*Tetrabiblos* —u *Opus quadripartitum*—, Ptolomeo estudió los planetas benéficos y maléficos, presentando pronósticos generales e individuales a través de su análisis<sup>7</sup>. Pese a todo, supo medir sus palabras, y prefirió prescindir de los decanos y las constelaciones *paranatellonta*, que tanto habían interesado a Teucro y a Manilio.

Podemos cerrar la tradición de la Astronomía y la Astrología romanas, prescindiendo de otros autores<sup>8</sup>, con unas palabras sobre el siciliano Julio Firmico Materno: hacia el año 337, poco antes de convertirse al cristianismo, escribió un libro de Astrología, titulado *Mathesis*, que tomaba como base la “Astrología egipcia” junto a textos de Doroteo de Sidón, Manilio y otros autores. Elaboró, en una palabra, una síntesis de toda la Astrología antigua, analizando la *sphaera barbarica*, y afrontó el conflicto entre el designio de los astros y la libertad del hombre siguiendo el enfoque estoico: el alma, al ser divina, puede triunfar sobre las estrellas.

Llegados a este punto, podemos volver de nuevo a la iconografía de Urania, ya que siguió siendo la única inspiradora del estudio científico y poético de los astros hasta el fin del mundo antiguo. La vemos en los ciclos de Musas, ha heredado la imagen creada para ella durante el Helenismo y mantiene sus atributos: la esfera del cosmos —adornada a veces por el zodiaco, como homenaje a la Astrología— y, en ocasiones, la vara o puntero. Sin embargo, ahora puede, igual que sus hermanas, recibir como acompañante, tanto en mosaicos como en sarcófagos, a un “maestro”, es decir, a un sabio que recibe su inspiración: este suele ser el poeta Arato.

#### 4. De los primeros cristianos a San Isidoro

En los primeros siglos de nuestra era, los cristianos que quisieron estudiar los cielos se vieron enfrentados a graves problemas teóricos. Desde luego, debían poner en cuarentena la identificación de los astros con deidades o con héroes paganos, pues tal doctrina había desembocado, a nivel popular, en una verdadera “astrolatría”<sup>9</sup>, capaz de competir incluso con el viejo paganismo. Sin embargo, acabaron aceptando los nombres tradicionales de los planetas —los que nosotros usamos todavía— cuando el cristianismo se asentó de forma irrevocable, relegando el papel de los dioses antiguos al de meras figuras alegóricas o literarias.

Por la misma razón, prefirieron desconfiar de Urania, tan pagana como las demás Musas, pero no excluyéndola del todo, porque—¿para qué engañarse?— las Musas apenas recibían culto y eran por tanto inofensivas. De hecho, Fabio Fulgencio el Mitógrafo, en el siglo V, convirtió a cada Musa en una fase dentro de la creación poética, y hubo filósofos que les buscaron un destino muy remoto, imaginándolas

<sup>7</sup> Babini, 1968, p. 62-63; Taton, 1988, p. 399.

<sup>8</sup> Cabe señalar, en este punto, a Vetio Valente (siglo II d.C.), autor de unas *Antologías* de carácter astrológico, que fueron traducidas al pahlévi, en Persia, en el siglo VI, y después vertidas al árabe. Añadamos, mucho más tarde, a Calcidio, que comentó a Platón hacia el 400 d.C., y a Ambrosio Teodosio Macrobio, que redactó, por esas mismas fechas, un comentario astronómico al *Sueño de Escipión* incluido en la *República* de Cicerón.

<sup>9</sup> Pérez Jiménez (ed.), 1992, p. 60.

<sup>6</sup> Suetonio, *Augusto*, 94, 12.



a)



b)

Fig. 2a. *Mosaico de las Musas* de la villa de Arellano o de Arróniz (Navarra), siglo IV d.C. Madrid, Museo Arqueológico Nacional. Foto: Wikimedia Commons

Fig. 2b. Urania y Arato en el *Mosaico de las Musas* de la villa de Arellano o de Arróniz (Navarra).

como motores de las esferas celestes<sup>10</sup>. Con el tiempo, Urania podría convertirse en una personificación de la Astronomía -bien lo veremos-, ya que las Siete Artes Liberales, estudiadas por paganos y cristianos, quitar y poner: no dejaban de ser, en realidad, una alternativa a las Musas.

Solo cabía discutir si la Astrología podía ser aceptada por la iglesia junto a la Astronomía. Era una decisión que planteaba problemas. En la Biblia había pasajes que parecían avalar la relación de los astros con la marcha del mundo: recordemos la estrella que anunció el nacimiento de Jesús, o el eclipse que marcó el momento de su muerte. Pero, si se concedía valor a los horóscopos y a las predicciones astrales, tendía a negarse, repitámoslo, la responsabilidad del hombre, y, por tanto, se desvirtuaba la noción de pecado. ¿Qué camino tomar?

Orígenes (185-254) aceptó, sencillamente, la vía de Ptolomeo, dando validez de la "simpatía"

universal del cosmos y sus elementos, y, siguiendo a los estoicos, se limitó a señalar que los astros pueden inclinar el futuro, no determinarlo. Sin embargo, ¿era suficiente una actitud tan cauta? Desde el siglo IV se enfrentaron dos posturas. La más radical fue la propugnada, desde el principio, por San Agustín (354- 430): este aceptó, desde luego, que las Artes Liberales contienen casi todos los conocimientos que puede adquirir el hombre fuera de la revelación divina, e incluso barajó el proyecto de escribir un manual sobre cada una de ellas; sin embargo, negó, a la vez, todo valor a la Astrología, e incluso respaldó las persecuciones oficiales contra los astrólogos, que se habían reiniciado bajo Diocleciano e intensificado con los hijos de Constantino. Así señaló la que, poco tiempo después, se convertiría en la línea predominante en la iglesia.

Pero una actitud tan drástica no convencía a todos los cristianos. En este punto cabe destacar a un personaje muy importante para nuestro estudio: nos referimos a Marciano Capella (380 - 450), un hombre capaz de recordar con respeto la

<sup>10</sup> Elvira y Carrasco, 2025, p. 145.

cultura pagana en la que se había formado. Al escribir su libro fundamental, *Las nupcias de Filología y Mercurio*, situó a las Musas en las esferas celestes, mientras que realizó un profundo análisis de las Siete Artes Liberales, dedicando a cada una un libro, y se planteó, por vez primera, su iconografía, siquiera a nivel literario.

En la obra de Capella, la Astronomía ocupa el libro VIII, y se presenta al lector-espectador bajo una forma muy teatral: “Hacia nosotros se dirige una especie de esfera de luz etérea, una bola hueca de fuego transparente que encierra en su interior a una doncella y que se desliza rodando de forma pausada con un suave movimiento circular (...). De ella se baja, dando un salto, una criatura cubierta de gemas y salpicada de luceros”. Es una joven alada, con planetas a su alrededor, algunos de ellos capaces de marcar el destino de los hombres. Su frente está adornada con un círculo de estrellas, lleva en una mano un instrumento brillante en forma de ángulo (*cubitaleme fulgentemque mensuram*)<sup>11</sup> y en la otra un libro compuesto por varios metales<sup>12</sup>. Como vemos, Capella dio un vuelco a la imagen antigua de Urania: hizo desaparecer la esfera celeste que ésta portaba; situó a la Astronomía debajo de una cúpula etérea y diseminó astros sobre sus vestidos.

También se mostró abierto a las creencias paganas Anicio Manlio Severino Boecio (h. 476-524). En su famosa *Consolación de la Filosofía* exaltó a la Filosofía frente a las Musas, aun admitiendo que estas conservaban su papel inspirador (I, 1). Además, consciente de que las Artes Liberales regían la enseñanza en su época, escribió unos magníficos manuales para tres de las cuatro científicas, encuadradas ya bajo el nombre de *Quadrivium*: tan útiles fueron estos tratados de Aritmética, Geometría y Música, que se siguieron utilizando durante siglos y convirtieron a su autor en uno de los más copiados y leídos durante el Medioevo.

Junto a Boecio se sitúa Flavio Magno Aurelio Casiodoro (h. 490-583 d.C.), algo más joven que él: escribió un manual titulado *De artibus ac disciplinis liberalium litterarum*, destinado a la enseñanza de las Artes Liberales, y dictaminó que estas eran las disciplinas más apropiadas para la educación de los seculares, aunque no tanto para la de los monjes.

Pese a las dudas que mostraron estos sabios al hablar de Astronomía, la doctrina ortodoxa siguió la línea rígida de San Agustín y se asentó con San Isidoro, obispo de Sevilla. Este autor pasó revista, en sus *Etimologías*, escritas entre 622 y 633, a todos los saberes de su época: en los tres primeros libros trató de las Siete Artes Liberales, y, en concreto, en el III estudió la Aritmética, la Geometría, la Música y la Astronomía. San Isidoro distinguió netamente la Astrología y la Astronomía: esta última “estudia, hasta donde le es dado a la razón, el curso de los astros y las figuras y relaciones que las estrellas mantienen entre sí y con la tierra”. En cambio, “la Astrología es en parte natural y en parte supersticiosa (...). Los

astrólogos (...) se afanan por predecir, estudiando el curso de los astros, cómo va a ser el nacimiento y el carácter de un hombre”. Añadió que “los primeros que abordaron el estudio de la astronomía fueron los egipcios, mientras que los iniciadores de la astrología o del influjo de los astros en los hombres fueron los caldeos”<sup>13</sup>. San Isidoro nos interesa también porque, al hablar de las Artes Liberales, mencionó diversos escritores y sabios que se dedicaron a ellas, y, entre ellos, destacó el papel de Ptolomeo como astrónomo, confundiéndolo -tiempo tendremos de volver sobre este detalle- con los reyes de Egipto que llevaron su mismo nombre<sup>14</sup>.

Por desgracia, la fase histórica que venimos tratando, y, más en concreto, el periodo que va del siglo VI al VIII, coincide con la llamada “crisis de la iconografía”, que se generaliza por todo el Mediterráneo al agotarse el paganismo. No solo decrece entonces la producción artística como tal, sino que se olvidan, o casi, las iconografías de los dioses y los héroes. Esto es aplicable a las imágenes de las Musas, incluida Urania, y el hecho se agrava porque, al parecer —aunque este es un punto muy debatido, a falta de pruebas—, las descripciones de las Siete Artes Liberales realizadas por Marciano Capella no se ven reflejadas en los primeros manuscritos de su obra. Imposible saber, por tanto, si se esbozó entonces alguna imagen concreta para la Astronomía que permitiese sustituir la de Urania.

## 5. La Astronomía en la Europa prerrománica y románica

En el año 789, Carlomagno encargó a Alcuino de York la organización de su Escuela Palatina, base de la enseñanza en su reino, y este sabio recuperó en toda su pureza, como base para su programa, el esquema de las Siete Artes Liberales. Fue una manifestación evidente del “Renacimiento Carolingio” en su sentido más profundo<sup>15</sup>. A partir de entonces se impondría el nombre de *Trivium* (Gramática, Retórica y Dialéctica), junto al ya conocido de *Quadrivium* (Aritmética, Geometría, Astronomía y Música), para dar nombre a las disciplinas que componían este plan de estudios.

Sobre tal base se desarrolla la cultura prerrománica y románica. No insistamos en sus primeros representantes teóricos, como Hrabano Mauro, ya que, salvo Escoto Erigena, poco se interesaron por la Astronomía. En este punto, la situación no cambiará hasta mediados del siglo XII, ya en los albores del gótico. Apenas podemos acudir, para suplir este desinterés científico, a las artes prerrománicas y románicas. Sin embargo, bien podemos dedicarles unas líneas, partiendo de una obra que, por desgracia, no ha llegado hasta nosotros. En un breve poema, titulado *Carmen de septem artibus liberalibus*, el obispo Teodulfo de Orléans (750-821) describió

<sup>13</sup> San Isidoro, *Etimologías*, I, 2, 2; III, 24; III, 27, 1, y III, 25, 1.

<sup>14</sup> *Etimologías*, III, 24-26. Marciano Capella había mencionado también a Ptolomeo como astrónomo, pero sin destacarlo entre otros.

<sup>15</sup> Otra muestra evidente de este Renacimiento es un manuscrito, con magníficas miniaturas, de la traducción latina de Arato, realizado en Aquisgrán hacia el año 830 y conservado hoy en la biblioteca de la universidad de Leiden (Voss. Lat. Q 79).

<sup>11</sup> Es posible que nos hallemos ante una descripción esquemática de la “baquetilla”, una vara con una mirilla adosada para poder contemplar los astros. Era un instrumento muy usado en el medioevo por los navegantes.

<sup>12</sup> Según Remi d'Auxerre, estos metales simbolizarían las zonas y los climas que estudia esta ciencia: Mâle, 1968, p. 161.

una tabla redonda pintada –encargo quizá del propio Carlomagno–, que mostraba un árbol sobre cuyas raíces ocupaba su asiento la Gramática. En sus ramas estaban sentadas otras Artes, además de las Virtudes Cardinales<sup>16</sup>. Lo mismo puede decirse de las Artes Liberales que adornaron el palacio de Aquisgrán (Ingelheim): las menciona el Pseudo Turpín en *De vita Caroli Magni et Rolandi*, pero solo a través de sus *tituli* o cartelas identificatorias<sup>17</sup>.



Fig. 3. Cuatro Musas: la última de la derecha es la Astronomía. Miniatura con las Artes del *Quadrivium* en un manuscrito de Boecio fechable en 845 y conservado en Bamberg. Foto: Wikimedia Commons

La primera representación de la Astronomía llegada hasta hoy se encuentra en una copia del tratado *De institutione arithmetica* de Boecio: un manuscrito procedente de Tours, fechable hacia 845 y conservado en Bamberg<sup>18</sup>. En una miniatura de su folio 9 vemos las cuatro disciplinas del *Quadrivium*, y advertimos que la Astronomía porta un atributo realmente curioso: dos grandes tubos, quizá dos papiros o pergaminos enrollados: ¿Son un recuerdo del libro que mencionó Marciano Capella en sus *Nupcias*? ¿Sugieren los amplios saberes de esta ciencia?

Junto a esta miniatura, podríamos citar otras<sup>19</sup>, y destacar, entre ellas, la incluida en el folio 60 de un manuscrito del propio Capella, conservado en París y fechable a fines del siglo XI: allí aparece la Sabiduría divina entronizada y, a sus lados y bajo ella, las Artes Liberales. Estas llevan atributos sencillos, tales como

flores, y la Astronomía, en concreto, es casi idéntica a la Retórica: ambas agitan la mano izquierda y portan con la derecha, oculta por un pliegue de su manto, una botella, símbolo sin duda de los bienes con los que sacian a quienes las estudian<sup>20</sup>. En una palabra, el pintor no parece haberse leído el texto que ilustra, ni saber que había sido comentado por Remi d'Auxerre en el siglo X y alabado por distintos autores, que lo consideraban lectura indispensable para un clérigo culto.

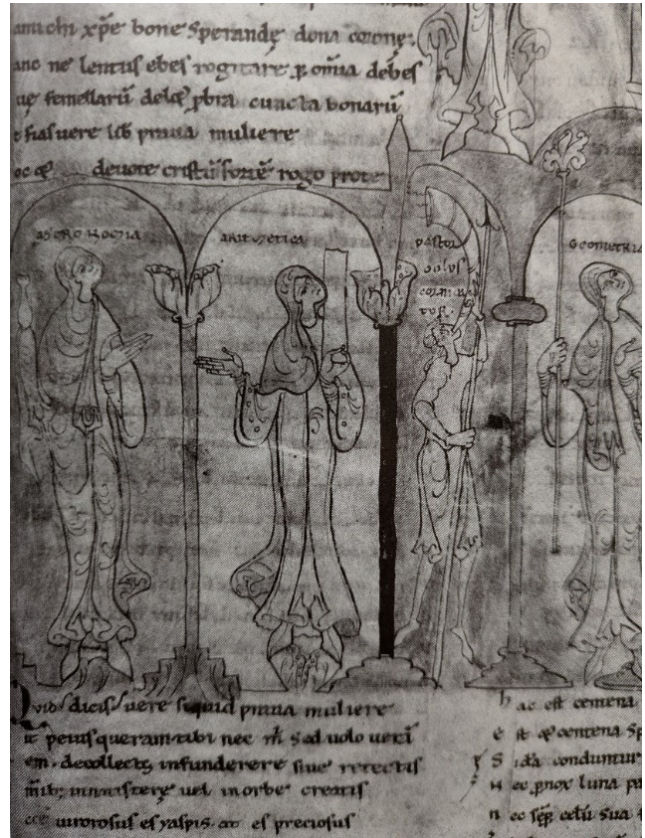


Fig. 4. Astronomía. Miniatura en un manuscrito de Marciano Capella, fechable en el siglo XI y conservado en París. Foto: Wikimedia Commons

## 6. La ciencia de los astros irrumpe en la cultura gótica

Este panorama iconográfico, incierto y plagado de dudas, empieza a cambiar a mediados del siglo XII, coincidiendo con el momento en que se asientan las primeras grandes escuelas en las catedrales de Europa y se intensifica el estudio de Marciano Capella.

En el campo de los estudios, podemos situar como puntos de partida de este movimiento a Thierry de Chartres, que escribe un tratado llamado *Heptateucon*, hacia 1130, para destacar el valor de las Artes Liberales como bases de la Filosofía, y a Hugo de San Víctor (1096-1141), quien, en su *Didascalicum*, define las Artes Liberales como las

<sup>16</sup> Mâle, 1968, p. 162.

<sup>17</sup> Frugoni, 1991, p. 531; D'Ancona, 1902.

<sup>18</sup> Bamberg, Staatliche Bibliothek. Miss. Class. 5, fol. 9 verso; ver Caillet, 2005, p. 227, fig. 151.

<sup>19</sup> Frugoni, 1991, p. 531 y ss., señala varios manuscritos de los siglos XI y XII, entre los que destacan la Biblia de Arras, del siglo XI, que muestra a Cristo ante el templo de la Sabiduría, con las cabezas de las Artes Liberales (Arras, Bibl. Munic., 559, III), y la Biblia de Reims, del siglo XII, con las Artes Liberales y las Virtudes Cardinales (Reims, Bibl. Munic., 23).

<sup>20</sup> París, Bibl. Nacional, Ms. Lat. 3110; véase en Legner, 1985, p. 64-65. Grabar, 1985, fig. 165, presenta esta miniatura con el pie de foto equivocado: menciona un manuscrito de Boecio conservado en París, Bibl. Nacional, Ms. Lat. 3710, del siglo XII.

mejores herramientas que hallaron los antiguos para abrir el intelecto a la verdad filosófica (III, 3).

Nadie duda, en esta época, del papel insustituible de la Astronomía en el estudio de los planetas y las estrellas; pero pronto va a advertirse una incipiente y difusa “fe en los astros”, considerados como emisarios de Dios e intermediarios entre el cielo y la tierra. En consecuencia, se atisba que, tarde o temprano, habrá de resurgir, siquiera de forma sesgada, la vieja Astrología de cuño caldeo.

Como en la Antigüedad, esta Astrología va a llegar a Europa procedente de Asia, y ahora, en concreto, del mundo árabe. Tengamos en cuenta que, allá por el siglo VII, cuando San Isidoro se enfrentaba a la Astrología en Europa, el Próximo Oriente vivía una situación semejante: se mantenían los rescoldos de la Astrología caldea, nunca agotados, y a ellos se enfrentaba el Corán, con sus palabras proféticas y misteriosas: “Hemos adornado el cielo con los astros como protección contra los demonios rebeldes” (azora 37, 6). Muchos sabios y filósofos verán en las palabras de Mahoma un apoyo frente al mundo inquietante de las predicciones y los horóscopos.

Sin embargo, la situación empezó a cambiar cuando, al igual que su contemporáneo Carlomagno, los califas abasíes de fines del siglo VIII y principios del IX –Al-Mansur, Al-Mahdi, Harun Al-Rashid y Al-Mamún– organizaron la enseñanza en su capital, Bagdad, y decidieron proteger todos los estudios que allí se realizasen. Entre ellos destacó enseguida el de las estrellas, y así se abrió un impresionante panorama: el de la Astronomía y la Astrología árabes.

Obviamente, no vamos a perdernos aquí en bosque tan tupido y extenso. Solo nos importa aludir a ciertos sabios árabes que transmitieron a Europa sus propias ideas o las de los tratadistas antiguos que tradujeron y comentaron; en una palabra, a algunos de los que fueron traducidos al latín en los siglos XII y XIII<sup>21</sup>. Destaquemos, en este punto, el paso enorme que supuso la traducción al árabe de Ptolomeo, encargada por Al-Mansur a Al-Batriq. De un plumazo, tanto la Astronomía como la Astrología antiguas vieron abiertas sus puertas de cara al futuro. El *Almagesto* sería vertido del árabe al latín, en 1175, por Gerardo de Cremona, y pronto seguiría su senda el *Tetrabiblos*.

Hubo sin duda astrónomos brillantes, como Al-Khwarizmi, que compuso unas tablas astronómicas para Al-Mamún, o como Avicena (Ibn Sina, 980-1037), enconado enemigo de la Astrología. Sin embargo, preferimos destacar aquí a quienes oscilaron entre la Astronomía y la Astrología, o se decantaron claramente a favor de esta última. En este punto, alcanzó gran renombre Albumasar (Abu Mashar, 800-886), autor de dos tratados astrológicos que recibirían los títulos latinos *De Astrología* y *De magnis coniunctionibus*. Este autor, basándose en Teucro de Babilonia, reintrodujo la *sphaera barbarica*, los decanos y las *paranatellonta*, asombrando a Europa a través de las traducciones que hicieron de su obra Juan Hispalense, a fines del siglo XII, y Piero de Abano

(1250-1316). Su doctrina abrió, para algunos, un camino peligroso: el propio Piero de Abano, filósofo y médico, recorrió toda Europa, escribió su *Astrolabium planum* sobre mediciones astronómicas y acabó su vida en la cárcel, acusado de herejía.

Junto a Albumasar podemos situar a Abdelaziz o Alcabitio. Vivió en el siglo X, y sus libros de Astrología fueron vertidos al latín, a principios del siglo XIII, con títulos tan sugestivos como *De coniunctionibus* o *De Assyriorum dogmatibus*. Su traductor fue también Juan Hispalense, que reunió varias obras suyas en el *Liber isagogicus Abdilazi* y resumió sus teorías en un *Epitome astrologiae*.

Finalmente, podemos mencionar a un gran astrónomo y astrólogo del califato cordobés: Maslama al-Majriti, es decir, “el madrileño” (950-1007), que trazó unas tablas astronómicas para Abderramán III, escribió otro tratado sobre el astrolabio, fue traducido al hebreo y al latín y transmitió sus saberes al gran Azarquiel (Al-Zarqalial).

Al estudiar estos y otros textos árabes, ciertos sabios europeos llegaron a redescubrir antiguas tradiciones mesopotámicas o “caldeas”, aparentemente perdidas desde siglos atrás: así, Miguel Escoto, adivino y astrólogo del emperador Federico II, cuando escribió, hacia 1220, un tratado titulado *Astrología*, imaginó el planeta Mercurio con los rasgos del sabio dios Nabu, y el planeta Júpiter como un monje, inspirado en el carácter sacro de Marduk<sup>22</sup>.

La oleada de traducciones del árabe al latín coincidió –enfrentándose en ocasiones, pero buscando puntos de contacto en otras– con la organización de las escuelas catedráticas y las primeras universidades. En estas entidades docentes, y en su “enseñanza escolástica”, se mantendría vivo, aunque completado por otras disciplinas, el programa de las Artes Liberales. Dentro del *Quadrivium*, la Astronomía recuperó el valor que había perdido en siglos anteriores, y se enfrentó de nuevo a la Astrología en unas querellas complejas, acentuadas por el hecho de que, a menudo, los nombres de ambas se confundían e intercambiaban en los escritos y en la vida común: muchos daban a la Astrología el nombre de Astronomía, y bien lo demuestra Chrétien de Troyes cuando, en su novela *Erec y Enid* (h. 1160), describe un tapiz con las Artes Liberales: “La cuarta hada representó la Astronomía, que hace tantas maravillas y toma consejo de las estrellas, la luna y el sol. Estos astros responden a lo que se les pregunta sobre el pasado y el futuro, sin mentir ni engañar” (6720-6725). En el trasfondo de esta situación confusa se hallaba el retorno de Ptolomeo: el propio Santo Tomás de Aquino (1225-1274), que conocía bien sus obras, prefería dejar en suspenso su opinión sobre la Astrología y acogerse, en caso de necesidad, a los planteamientos estoicos: los astros pueden influir en la vida de los hombres, pero estos mantienen a salvo su libertad.

Entre los numerosos sabios europeos de esta época<sup>23</sup>, debemos destacar a Alain de Lille, o

<sup>21</sup> Merece destacarse, por su carácter temprano, la actividad de Gerberto de Aurillac, coronado papa con el nombre de Silvestre II en 999. Durante su estancia en Barcelona, treinta años antes, conoció textos científicos árabes y escribió sobre los números árabes (salvo el 0) y sobre el astrolabio.

<sup>22</sup> Sez nec, 1980, p. 146-148.

<sup>23</sup> Mencionemos, por ejemplo, a Vincent de Beauvais (h. 1190-1264), quien, al redactar su *Speculum maius*, señaló que las Artes Liberales constituían la base de los conocimientos requeridos por un filósofo, y estableció un paralelismo entre las Siete Artes Liberales y las siete virtudes. Por su parte, Ricard de Fournival, canciller de Amiens (siglo XIII), describió, en

Alanus de Insulis (1128-1202), quien propuso, en su *Anticlaudianus*, interesantes atributos para identificar las Artes: en concreto, describió la Astronomía como una dama que mira hacia el cielo, que aparece revestida por una túnica cubierta de estrellas y que lleva una esfera en la mano:<sup>24</sup> en una palabra, se inspiró a la vez en la iconografía antigua de Urania y en la descripción de Marciano Capella. Además, destacó a Ptolomeo como astrónomo.

Ya en el siglo XIII, descubrimos autores que se dedican a la Astronomía científica, aun abriéndose, siquiera en parte, a interpretaciones astrológicas. Es el caso de Juan de Sacrobosco (1190-1250), cuyo *Tractatus de sphaera mundi* fue visto como el primer libro de Astronomía redactado en la Europa medieval, aunque, en realidad, solo fuese un compendio del *Almagesto* de Ptolomeo. Esta obra recibiría los honores de la imprenta en 1472 y alcanzaría más de sesenta ediciones hasta el siglo XVII<sup>25</sup>.

Junto a este investigador, y al propio Santo Tomás, merece resaltarse la figura del rey Alfonso X el Sabio (1221-1284): no solo fundó la universidad de Salamanca, reafirmando en ella la enseñanza de las Siete Artes Liberales, sino que él mismo escribió -o encargó a sus sabios- obras como los *Libros del saber de astronomía* y las *Tablas astronómicas alfonsíes*, abriendo nuevas puertas tanto a la Astronomía como a la Astrología.

## 6.1. La Astronomía en las artes góticas

En el campo artístico, el logro más importante del periodo gótico, desde mediados del siglo XII, es la iconografía propiamente medieval de la Astronomía, que deja atrás a la antigua Urania y supera las dudas del románico. Las nuevas fórmulas parten de Capella, situando a la Astronomía bajo los astros, pero insisten en que contempla el cielo a través de algún instrumento de precisión, sea el astrolabio<sup>26</sup>,

sea el cuadrante<sup>27</sup>. Mucho más raro es que, siguiendo a Alain de Lille, pongan en sus manos una esfera.

Esta iconografía surgió y se difundió en la decoración escultórica de las catedrales francesas<sup>28</sup>. Se esbozó, al parecer, hacia el año 1150 en la de Chartres, y, en concreto, en una arquivolta del tímpano que preside el Pórtico Regio de su fachada occidental. Siguiendo el *Heptateucon* que entonces acababa de redactar Thierry de Chartres, las Siete Artes rodean a María, considerada *Sedes Sapientiae*, y junto a ellas aparecen unos maestros de aspecto impersonal, venerables y barbados: en concreto, la Astronomía mira hacia arriba y abre las manos, en signo de admiración, mientras que, a su lado, vemos a Ptolomeo<sup>29</sup>.

El segundo y definitivo paso de esta iconografía se encuentra, entre 1195 y 1205, en la catedral de Laon<sup>30</sup>. Allí, en una ventana de la fachada norte, descubrimos a las Artes Liberales junto a la Filosofía, la Arquitectura y la Medicina, timbre de orgullo esta última para los maestros que allí enseñaban. Se hallan encima del pórtico dedicado a la Virgen, que aparece, igual que en Chartres, como *Sedes Sapientiae*. Sus figuras, sedentes, van veladas y vestidas según la tradición clásica, y sus manos portan atributos: la Astronomía, en concreto, lleva un objeto redondo, que debemos interpretar como un astrolabio.



Fig. 5. Música y Astronomía en una arquivolta de la catedral de Laon (1195-1205). Foto: Wikimedia Commons

su *Bibliomania*, la Teología, la Filosofía, las Artes Liberales y otras disciplinas.

<sup>24</sup> Mâle, 1968, p. 164. El *Anticlaudianus* de Alain de Lille interesó mucho durante siglos: se conserva un manuscrito miniado suyo del siglo XIV (Frugoni, 1991, p. 531-534), pero aún más importante es una serie de tapices, conocida como *Los Honores*, proyectada para Carlos V en 1519. Este ostentoso conjunto, concluido en Bruselas en 1523, se encuentra hoy expuesto en el palacio de La Granja de San Ildefonso (Carrasco, 2012, p. 63-74). De él hablaremos en nuestro tratado sobre la biblioteca del Escorial, cuando tratemos de las tradiciones góticas a principios del siglo XVI.

<sup>25</sup> Rousseau, 1956, p. 88.

<sup>26</sup> El uso teórico del astrolabio fue ya descrito por Hiparco en el siglo II a.C., pero solo nos han llegado ejemplares de este instrumento desde el siglo IX y solo se difundieron en el XII. Era una placa circular dividida en 360°, que permitía medir ángulos entre distintos astros, y entre estos y la tierra. Si se la suspendía de un anillo, indicaba la altura del astro por encima del horizonte, y, por tanto, la hora diurna o nocturna. Si se la colocaba horizontalmente, podían encajarse con mayor facilidad sobre ella dos discos, usando para ello una regla o *alidada*. Uno de estos discos figuraba los círculos principales de la esfera celeste; el otro señalaba, al girarlo, la eclíptica sobre el horizonte y las coordenadas de ciertos astros. Normalmente, el astrolabio era plano: así fue descrito por Ptolomeo en su *Planisphaerium* y por Pedro de Abano en su *Astrolabium planum*. Sin embargo, con el tiempo se creó el "astrolabio esférico" o "astrolabio circular", descrito por Alfonso X el Sabio, que permitía, con su red de líneas, evocar el aspecto del cielo.

Después de esta obra, podríamos mencionar tallas parecidas en otras catedrales: así, en la de Sens descubrimos Artes Liberales sobre los pedestales de ciertas arquivoltas, y, en concreto, la Astronomía lleva su astrolabio, bien identificado por la regla o *alidada* en resalte que lo atraviesa. ¿Merece la pena seguir, citando las catedrales de Auxerre, Rouen o Friburgo, donde se repite esta imagen? Si acaso, señalaremos una variante muy curiosa: en la catedral de Clermont-Ferrand (h. 1270), las Artes son unas cabezas femeninas coronadas por un pelícano con sus crías: muestran así que la sabiduría humana participa del sacrificio de Jesús. Como conclusión a este apartado, podemos señalar la existencia de ciclos de Artes Liberales en las vidrieras de ciertas catedrales góticas, como las de Laon y Auxerre. En las

<sup>27</sup> El cuadrante es una tabla con forma de cuarto de círculo, sea exenta, sea inscrita en un cuadrado. Fue descrito ya por Ptolomeo en su *Almagesto*, permitía medir ángulos celestes y se extendió profusamente durante el medievo.

<sup>28</sup> En este panorama seguimos a Mâle, 1968, p. 165-176.

<sup>29</sup> Houvet, 1925; Katzenellenbogen, 1961, p. 39-55; Villette, 1994, p. 41-47.

<sup>30</sup> Kasarska, I., 2008, fig. 2-3, p. 104-105.

de Saint Albans, en concreto, descubrimos, como es de rigor, la figura de Ptolomeo junto a la Astronomía, pero lo vemos acompañado por un sabio exótico: el árabe Albumasar.

Frente a estos conjuntos de Artes Liberales, tan apropiados para la contemplación pública, debemos resaltar el trabajo de una mujer que decidió actuar por su cuenta: nos referimos a la abadesa alsaciana Herrada de Hohenbourg o de Landsberg, que redactó e ilustró, entre 1175 y 1196, un gran tratado sobre la Biblia: el *Hortus Deliciarum*. Hoy se ha perdido el original de este manuscrito, junto a sus miniaturas, que han valido a su autora un papel esencial entre las primeras pintoras del medievo. Por fortuna, se ha conservado una copia muy fiel, realizada a principios del siglo XIX<sup>31</sup>.



Fig. 6. *La Filosofía, las Artes Liberales y los Poetas*, por Herrada de Hohenbourg (1175-1196). Foto: Wikimedia Commons

Lo que aquí nos interesa del *Hortus Deliciarum* es la magnífica miniatura del folio 32r, que conocemos con el título de *La Filosofía, las Artes Liberales y los Poetas*, y que cuenta con inscripciones que explican todos sus detalles<sup>32</sup>. En el centro vemos, sentada, a la Filosofía, con una corona de tres cabezas (Ética, Lógica y Física). A sus pies aparecen Sócrates y Platón, y en torno suyo se distribuyen, como los pétalos de una flor, las Artes Liberales, todas ellas vestidas como damas del medievo, y todas ellas con atributos dignos de estudio: en concreto, la Astronomía mira las estrellas y porta en sus manos lo que parece

una caja, pero que quizá sea un cuadrante o el libro que mencionó Capella. La inscripción que adorna esta figura nos acerca al sentido de la Astrología, porque dice que “el destino” (*omen*) se conoce por las estrellas.

Debajo de esta composición circular se ven cuatro hombres que escriben, inspirados por pájaros: son *poete vel magi (...) immundis spiritibus inspirati*. Según explica Herrada en su texto, existieron hombres “cuya razón estaba cegada, y que se comprometieron con la poesía y la magia” fuera del campo de las Artes.<sup>33</sup> ¿Nos hallamos, también aquí, ante una alusión velada a la Astrología?

Tan interesante como esta miniatura perdida del *Hortus Deliciarum* es una copia libre que se hizo del manuscrito original en Aldersbach a principios del siglo XIII<sup>34</sup>: muestra la misma iconografía, pero con variantes<sup>35</sup>: aquí, cada una de las Artes Liberales lleva a su lado a un maestro vestido con túnica y manto, y con su nombre inscrito. El que acompaña a la Astronomía es, como cabía esperar, Ptolomeo.

Dejando ya la imagen de la Astronomía —podríamos dirigirnos a otras miniaturas, pero no deseamos ser exhaustivos—, debemos señalar que, desde fines del siglo XII, se perfiló la recuperación de las antiguas Musas, aunque de forma caótica. Por un lado, la propia Herrada de Hohenbourg, en el Folio 31r de su *Hortus Deliciarum*, las mostró en tondos como simples bustos, veladas todas ellas, y evocó a Urania asomando detrás de la bóveda celeste. Por otro lado, Albrico de Londres (h. 1200), en su *Libellus de imaginibus deorum*, las describió como unas damas que cantaban delante de Apolo junto a un laurel coronado por un cuervo<sup>36</sup>.

También podemos descubrir a las Musas en un manuscrito conservado en Reims<sup>37</sup> y dejarnos asombrar por su apariencia: en una amplia miniatura dedicada al Aire (*Aer*), las vemos surgir junto a los cuatro vientos principales y a tres sabios famosos (“Arion”, “Pitagoras” y “Orpheus”). Las nueve hermanas se muestran como bustos, y muchas de ellas con instrumentos musicales: en concreto, Urania —“Urania celestis”— empuña un laúd, destacando su papel de inspiradora, y dos cilindros, que pueden ser una doble flauta (aulós) o dos rollos de papiro<sup>38</sup>. No podemos sino recordar en este punto la Astronomía que vimos representada en un manuscrito carolingio de Boecio (Fig. 3).

## 6.2. Las Artes Liberales y la Astronomía en la cultura gótica italiana

Igual que en Francia y en toda la Europa occidental, durante la segunda mitad del siglo XIII se estudiaban las Artes Liberales en las universidades italianas a través de la escolástica tomista. Así, se señalaba su paralelismo con los siete planetas, los siete sacramentos, las siete virtudes y los siete dones del Espíritu Santo, y se aceptaba, sin duda a regañadientes, el valor relativo de

<sup>31</sup> Esta copia, que se encuentra en la Biblioteca Municipal de Versalles, fue realizada en 1818 por Christian Moritz Engelhardt. El manuscrito medieval se conservaba, hasta ser destruido en la Guerra Franco-Prusiana de 1870, en la Biblioteca Municipal de Estrasburgo.

<sup>32</sup> Hohenbourg, 1979, vol. I, p. 104, fig. 34, y vol. II, p. 57, fig. 33.

<sup>33</sup> Saxl, 1989, p. 224 y lám. 169 d.

<sup>34</sup> Este manuscrito se conserva en el códice Clm. 2599 de la Biblioteca de Múnich.

<sup>35</sup> Este códice se halla en la Bibl. Nacional de Baviera; véase Hohenbourg, 1979, vol. I, fig. 35.

<sup>36</sup> Sez nec, 1980, fig. 68; Elvira y Carrasco, 2025, p. 145.

<sup>37</sup> Biblioteca Municipal de Reims, MS. 672.

<sup>38</sup> Von Simon, 1980, p. 172, fig. 12.

la Astrología, descubierta a través de Ptolomeo y de ciertos autores árabes.

Para evocar esta situación, bastará que citeamos a Dante: “Hay que comparar el orden de los cielos con el de las ciencias. (...) Los siete cielos más próximos a nosotros son los de los planetas; por encima hay otros dos cielos, movibles como ellos, y más allá otro, inmóvil. A los siete primeros corresponden las siete ciencias del Trivio y el Cuadrivio (...). A la octava esfera, que es la de las estrellas, corresponden la Ciencia Natural, que se llama Física, y la Ciencia Primera, que se llama Metafísica; a la novena esfera corresponde la Ciencia Moral, y el cielo inmóvil corresponde a la Ciencia Divina, que se llama Teología” (*Convivio*, II, xiii).

Dante (1265-1321) aceptó, como tantas personas de su época, aspectos teóricos de la Astrología, si dejaban a salvo la libertad del hombre, puesto que, sin tal libertad, ¿qué sentido tendrían el infierno, el purgatorio y el paraíso que él mismo describió?: “Vosotros los vivos hacéis estribar toda causa en el cielo, como si él imprimiera por necesidad su movimiento a todas las cosas. Si así fuera, quedaría destruido en vosotros el libre albedrío, y no sería justo que se retribuyera el bien con goces y alegrías, y el mal con llanto y luto. El cielo inicia vuestras inclinaciones, aunque no digo que todas; e incluso si así fuera, os ha dado luz para distinguir el bien del mal, os ha dado también el libre albedrío, que, aun fatigándose en los primeros combates con el cielo, después lo vence todo” (*Purgatorio*, XVI).

Lo que Dante no podía soportar era la presencia de ciertos hombres —charlatanes, en su opinión— que usaban la Astrología como medio de vida. A principios del siglo XIII se había hecho muy popular en Florencia, por ejemplo, un tal Guido Bonatti, un astrólogo al que se recordaría como un impío y un brujo. Sabemos que usaba de forma indiferente los términos “Astronomía” y “Astrología”, abusando del lenguaje común, y que escribió un importante *Liber astronomicus* con unos capítulos muy elocuentes: I: Defensa de la Astrología; II: Los signos del zodiaco y sus influjos; III: Los planetas y sus influjos, y IV: Las “conjunciones”. Este libro ejercería una enorme influencia tras la muerte de su autor: se conserva en varios manuscritos, fue traducido al italiano, y su publicación por la imprenta (1491) dio lugar a diversas reimpresiones, e incluso a una traducción al alemán (1572)

Del éxito de Bonatti, y de su mala fama, es testimonio el hecho de que Dante lo situase junto a Miguel Escoto —el ya citado astrólogo de Federico II— en el Infierno (XX, 115-118), entre los condenados como falsos profetas, astrólogos y adivinos impostores. En efecto, el poeta, como tantas mentes lúcidas de todos los tiempos, prefería a la Astrología la inspiración de las Musas.

En el campo de las artes, cabe decir que, en la Toscana gótica, verdadera adelantada en el campo que nos ocupa, las Artes Liberales no se instalaron en las arquivoltas catedralicias, sino en los púlpitos de ciertas iglesias, con el fin de mostrar su carácter docente; de este modo, se alinearon en filas en torno a un eje central, y se asociaron con la Filosofía para componer un octógono. Crearon el modelo Nicola y Giovanni Pisano, quienes, con su taller y seguidores, introdujeron así en Italia la iconografía gótica de las Artes Liberales.

El punto de partida se descubre en el púlpito de la catedral de Siena, tallado por ambos artistas en 1265-1268, donde las Artes aparecen sentadas, con vestimentas antiguas. En este conjunto, la Astronomía mira el cielo y lleva un objeto en forma de disco, sin duda un

astrolabio<sup>39</sup>. Repite el esquema Giovanni Pisano, varias décadas después, en el púlpito de la catedral de Pisa (1311), donde la Astronomía mira por un astrolabio, mientras que señala con su dedo índice un libro o tabla<sup>40</sup>. En cuanto a la Fontana Maggiore de Perugia (1278), obra dirigida por el propio Giovanni Pisano, muestra a la Astronomía con una imagen más compleja: medio envuelta por un velo que le sirve de pantalla, lleva corona y utiliza de nuevo su astrolabio<sup>41</sup>.

Llegados a este punto, merece la pena que nos desplacemos a Padua, siquiera para señalar un conjunto pictórico muy curioso: siguiendo las doctrinas del astrólogo Piero de Abano, al que ya hemos citado como traductor de Albumasar, a principios del siglo XIV se pintaron al fresco, en el Palazzo della Ragione, una enorme cantidad de viñetas con signos zodiacales, y con figuras de planetas y constelaciones. Tan fascinante resultó este conjunto, en estilo giottesco, que, cuando quedó destruido por un incendio, en 1420, Nicolò Miretto y Stefano da Ferrara recibieron el encargo de reconstruirlo con la mayor exactitud posible<sup>42</sup>.

Pocos años más tarde, entre 1334 y 1337, por encargo del propio Giotto, Andrea Pisano esculpe para el campanile de Sta. María del Fiore, en Florencia, varios relieves hexagonales: figuran algún héroe clásico, tratan del origen de la humanidad y muestran a quienes inventaron ciertas profesiones. Entre estos últimos, todos ellos con vestidos inspirados en los antiguos, vemos a un astrónomo, que bien puede ser Ptolomeo: sentado ante una mesa, tiene ante sí una esfera celeste y escruta los cielos con un cuadrante. En una palabra, trabaja en su observatorio.



Fig. 7. Las Artes Liberales, en la *Apotheosis de Santo Tomás de Aquino* (1365-1368), por Andrea da Firenze, en la iglesia de Santa María Novella (Florencia). Foto: Wikimedia Commons

<sup>39</sup> Seidel, 1971, passim.

<sup>40</sup> Frugoni, 1991, p. 531-534; D'Ancona, 1902; Carli, 1977, fig. 108-111. Se ha señalado la posibilidad de que el tallista que se ocupó de este conjunto realizase también el del arca de San Pedro Mártir en la iglesia de San Eustorgio de Milán.

<sup>41</sup> Keller, 1942, lám. 10-11.

<sup>42</sup> Semenzato y Berti, 1988, p. 45-49.



Fig. 8. Miniatura de Niccolò di Giacomo (h. 1380) en un manuscrito de la *Novella in libros Decretalium*. Milán, Biblioteca Ambrosiana. Foto: Wikimedia Commons

Sin embargo, también descubrimos en el campanile de Florencia figuras encuadradas en rombos, realizadas por Alberto Arnoldi hacia 1375, y entre ellas destaca la Astronomía: situada sobre un fondo plano -sin duda el cielo-, parece que lleva otro cuadrante y un instrumento que no hemos visto hasta ahora: un astrolabio circular.

Podríamos salir de Florencia y buscar representaciones de las Artes Liberales en otras ciudades de Italia<sup>43</sup>. Sin embargo, preferimos no dispersarnos, si queremos seguir la evolución de los hechos. En 1365-1368, ve la luz, no lejos del campanile, una obra fundamental: en la Capilla de los Españoles de Santa María Novella, Andrea da Firenze, o Andrea di Bonaiuto, pinta un gran fresco conocido como *Sabiduría cristiana según el espíritu de Santo Tomás de Aquino*, o, más sencillamente, *Apoteosis de Santo Tomás de Aquino*.

En esta composición se ve, debajo de Santo Tomás, una hilera de figuras. Las de la izquierda son las Virtudes; las de la derecha, las Artes Liberales. Entre estas últimas está, como es lógico, la que llamaremos Astronomía, porque, aunque no lleva nombre, este es el que cuadra mejor a la “escolástica” del santo. No mira al cielo, sino que nos contempla; lleva corona; señala con la mano derecha hacia arriba, y sostiene con la izquierda

una esfera armilar, quizá la primera representada en el ámbito de las Artes<sup>44</sup>.

Bajo esta Astronomía está su maestro, que es sin duda Ptolomeo: lleva melena y barba largas, de color marrón, escribe con una pluma en un libro, mira hacia arriba y destaca por su corona de rey. Esta corona alude a la dinastía de los Ptolomeos que reinaron en Egipto: en efecto, San Isidoro había escrito que, entre los astrónomos destacados, estuvo “en el mundo griego Ptolomeo, rey de Alejandría, quien llegó a establecer las leyes por las que es posible determinar el curso de los astros”<sup>45</sup>.

## 7. La Astrología se enfrenta a la Astronomía

Los frescos de Santa María Novella marcaron un hito en la pintura mayor<sup>46</sup>, pero también, y sobre todo, en las miniaturas. En concreto, sirvieron de modelo a Niccolò di Giacomo, conocido también como Niccolò da Bologna y activo entre 1352 y 1395, cuando, debiendo ilustrar cierta *Novella in libros Decretalium* de Johannes Andrea, lo hizo de una forma muy precisa: organizó una viñeta con dos registros superpuestos: uno de ellos con las Siete Virtudes sobre los cuerpos derrotados de grandes pecadores; el

<sup>43</sup> Por ejemplo, podríamos acercarnos a Nápoles para admirar, en la Iglesia de Santa Clara, el ostentoso sepulcro del rey Roberto de Anjou, o Roberto el Sabio, tallado por Giovanni y Pace Bertini, artistas florentinos seguidores de Andrea Pisano. En esta obra, fechable en 1345, se descubren, sobre el cuerpo yacente del difunto, las Siete Artes Liberales como plañideras; la Astronomía, en concreto, lleva en sus manos una esfera.

<sup>44</sup> La esfera armilar es una versión evolucionada del astrolabio esférico: en ella, los círculos de los astros se convierten en aros exentos sobre un espacio vacío.

<sup>45</sup> San Isidoro, *Etimologías*, III, 24-26.

<sup>46</sup> En la segunda mitad del siglo XIV, Giusto da Padova pintó un ciclo semejante a este, aunque relacionado con San Agustín, en la iglesia de los Eremitani de Padua. Por desgracia, solo lo conocemos por una descripción de Hartmann Schedel (1466), recogida por Schlosser en *JKhSWien*, 17, 1896, p. 13-100.



Fig. 9. *Las Siete Artes Liberales* de Giovanni del Ponte (1435), Madrid, Museo del Prado.  
Foto: Wikimedia Commons

otro, con las Artes Liberales sobre sus maestros más distinguidos<sup>47</sup>.

Lo más interesante de estas Artes Liberales es que llevan sus nombres escritos, de modo que podemos afirmar que la última es la Astrología, y mantiene, sin variante alguna, la imagen gótica de la Astronomía: en efecto, mira hacia el cielo y lo estudia a través de un cuadrante. En cuanto a su maestro, que la contempla desde abajo, es, una vez más, Ptolomeo: lleva turbante, muestra un libro abierto, con escritos en una página y un dibujo complejo en la otra. Además, porta sobre su hombro una esfera con dibujos. No los vemos bien, pero, si aluden a los astros y al zodiaco, refuerzan el sentido de la ciencia que ilustran. En una palabra, advertimos que la Astrología adquiere, en todos los aspectos, la iconografía de la Astronomía.

Nos hallamos en un momento fascinante en el campo de la cultura: a fines del Trecento y principios del Quattrocento, cuando nace el Humanismo, las Siete Artes Liberales empiezan a difuminar sus límites, porque pierden importancia en la vida universitaria. Sin embargo, adquieren un valor nuevo, porque, para ciertos estudiosos, evocan los saberes de la prestigiosa Antigüedad; además, renuevan la fama de los autores que antaño las cultivaron y cuyos tratados se redescubren ahora, copiándose en decenas de manuscritos.

En este contexto, importa por su carácter simbólico -casi un canto al pasado- la tabla de arcón o cassone titulada *Las Siete Artes Liberales*, pintada por Giovanni del Ponte y conservada en el Museo del Prado. Poco diremos aquí de ella: recientemente le hemos dedicado un artículo en esta misma revista, y a él enviamos a quien desee saber más<sup>48</sup>.

La figura central de esta tabla -la ciencia de los astros- ocupa un asiento, realizado sobre una tarima, de modo que preside el círculo de las Siete Artes. Mira hacia el espectador; viste una túnica, un manto de color rosa y un velo casi transparente sobre la cabeza; sostiene con su mano izquierda una esfera armilar, y levanta hacia el cielo la mano derecha. Sobre ella hay tres amorcillos alados: el del centro le coloca una corona de laurel,

mientras que los otros extienden tras ella, como una pantalla, un gran manto de color rosa oscuro, decorado con flores doradas y estrellas negras. Por encima se abre una especie de círculo, el cielo, del que salen rayos dorados.

De todos los atributos que acabamos de mencionar, quizá el más novedoso es el velo, que evoca la visión teatral de Marciano Capella, pero también el origen oriental de la ciencia que contemplamos: dirige nuestra mente, de forma insensible, hacia la Astrología. Lo mismo parece indicarnos la preeminencia de la figura entre las Artes: obviamente, el comitente del arcón quiso revelar sus aficiones a quienes viniesen a su casa, y, si encargó la obra para festejar un acontecimiento de su vida, quiso ponerlo bajo la protección de los astros. Poco importa, en este punto, el acompañante que aparece a los pies del trono: obviamente, es Ptolomeo, un sabio convencional con larga barba y un libro en las manos.

En el artículo que acabamos de citar señalábamos que la tabla pintada por Giovanni del Ponte sirvió de modelo inmediato a otras dos. De ellas, la primera, realizada por Francesco di Stefano, "il Pesellino" (h. 1450), y conservada en el Birmingham Museum (Alabama), muestra a las Artes identificadas por inscripciones. Aunque estas fueron repintadas cuando las primitivas se deterioraron, interesa advertir que la figura central lleva el nombre indiscutible de "Astrología". La segunda de estas tablas, realizada hacia 1460 por Giovanni di ser Giovanni Guidi, "lo Scheggia", y conservada en el Museu d'Art de Catalunya (Barcelona), muestra dos maestros a los pies de la figura central: uno de ellos es Ptolomeo, quien, según señala en el texto que porta, "trovò istrologia", identificando así, de forma inequívoca, la disciplina que está sobre él.

Nos hallamos, por tanto, ante la introducción consciente, más o menos confesada, de la Astrología en el arte, y podemos situarla en un lugar y momento preciso: la Florencia de Cosme el Viejo. Este dirigente de la república se dejó seducir por los horóscopos y apreció a un astrólogo conocido como "Maestro Pagolo". Además, Giuliano d'Arrigo, "Pesello", pintó en su época un mapa de estrellas, conocido como *Horóscopo de Cosme el Viejo*, en la cúpula de la Sacristía Vieja de la iglesia de San Lorenzo, conmemorando una

<sup>47</sup> Milán, Biblioteca Ambrosiana, B-42 inf.: véase Pirani, 1966, p. 21, fig.7.

<sup>48</sup> Elvira y Carrasco, 2024 (2025), passim.

conjunción de astros muy concreta, ocurrida el 4 de julio de 1442<sup>49</sup>.

## 8. El triunfo de la Astrología y la vuelta de Urania

A mediados del siglo XV, asistimos a un empuje generalizado de la Astrología en las cortes y en los ambientes más cultos de las ciudades italianas. Baste decir que, en 1442, Lionello d'Este convierte el "studio" de Ferrara en una universidad, e incluye en sus programas una cátedra de Astrología, que sirve de medio de expresión a un sabio reconocido de esta disciplina: Pellegrino Prisciani.

Por entonces se sitúan, en un ambiente también exaltado por aficiones esotéricas, varios relieves muy creativos, tallados por el florentino Agostino di Duccio para Segismundo Malatesta entre 1455 y 1457: son los que ocupan la actual Capilla de San Agustín de la iglesia de San Francesco de Rimini, construida como Capilla de las Musas y las Artes Liberales en el Templo Malatestiano<sup>50</sup>.

Este conjunto de 18 bajorrelieves —incluyendo las figuras de Apolo y Filosofía— tomó como base el ciclo que Guarino Veronese había ideado para ilustrar el Studiolo Estense de Belfiore en 1447, y en él intervino sin duda Basinio de Parma (1425-1457), poeta y consejero del propio Segismundo, que escribió dos libros de Astrología —*Hesperis* y *Astronomicon*—, y que sirvió de puente cultural y erudito entre las cortes de Ferrara y Rimini.



Fig. 10. Astrología por Agostino di Duccio (1455-1457), en el Templo Malatestiano de Rimini. Foto: Wikimedia Commons

Lo curioso de estas tallas es que diez de ellas suponen una decidida vuelta a las Musas, que ya habían sido invocadas como inspiradoras por Dante y Boccaccio. Aparecen junto a Apolo, apoyan sus pies sobre una superficie curva —la bóveda celeste— y recuperan parcialmente sus vestimentas antiguas, aunque adoptan atributos de la Astronomía gótica: Urania, en concreto, mira hacia el cielo y porta un cuadrante en su mano izquierda.

En cuanto a las otras ocho tallas, representan las Artes Liberales, acompañadas por la Filosofía. Una de ellas es la Astrología —así podemos llamarla sin muchas dudas, aunque no lleve inscripción—, y podemos afirmar que insiste tanto como Urania en la fórmula gótica de la Astronomía: lleva en la mano derecha un astrolabio esférico y sostiene con la izquierda un cordoncillo del que cuelga un cuadrante.

Sea por convicción, sea por moda, la Astrología se impone por toda Italia. Giovanni Bianchini, protegido por el duque Borso d'Este —sucesor de Lionello— y por el emperador Federico III, escribe hacia 1457 unas *Tablas Astrológicas* para comentar las *Tablas astronómicas alfonsíes*. El poeta Giovanni Pontano (1426-1503) trabaja como astrólogo e historiador en la corte de Nápoles. En cuanto a Juan de Montereccio, o Johannes Regiomontanus (1436-1476), redacta un *Epitome ad Almagestum Ptolomei* y unas *Ephemerides* o pronósticos que se hacen famosas. Su éxito es tal, que se le entierra en el Panteón de Roma<sup>51</sup>.

La pasión por la Astrología se extiende al mundo cotidiano, y basta para comprobarlo acercarse a una obra muy peculiar, llamada a una gran difusión gracias al desarrollo de la imprenta: nos referimos al mal llamado *Tarot de Mantegna*, diseñado y publicado entre 1460 y 1470. En este juego de naipes aparecen personificadas las Artes Liberales, con sus nombres escritos, y, junto a ellas, completan el palo de diez cartas la Filosofía, la Teología y la Poesía. En concreto, la Astrología es una joven alada, con una corona de estrellas, que lleva una varita, como la que empuñaba Urania en la Antigüedad, y un libro, como el que señalaba Capella. Al fondo advertimos una esfera cubierta de estrellas. Decididamente, el ambicioso objetivo de esta mujer es adivinar el porvenir, y para ello reúne atributos de los orígenes más variados.

Pero el *Tarot de Mantegna* presenta también a las Musas, acompañadas por Apolo. En concreto, Urania porta una esfera y un compás: asume, por tanto, la imagen antigua de esta Musa, pero añadiéndole un instrumento más propio de la Geometría que de la observación de los astros. Realmente, la libertad humanística de artistas y pensadores se impone aquí a la tradición gótica.

En un contexto diferente, debemos resaltar, como un simple inciso, la decoración al fresco del Palazzo Schifanoia de Ferrara (h. 1470), encargada por Borso d'Este y dirigida por el ya citado Pellegrino Prisciani. En este conjunto fascinante, Francesco del Cossa nos muestra la recuperación de los decanos, olvidados desde la Antigüedad. No es casual que, por esas mismas fechas, en 1472, para ser exactos, se imprimiese por vez primera el *Astronomicon* de Manilio, que, como señalamos en su momento, marcó un hito en la Astrología romana.

<sup>49</sup> Goldwin, 2002, p. 65; Battistini, 2005, p. 104.

<sup>50</sup> Paolucci, 2010, vol. II, p. 152-179.

<sup>51</sup> Rousseau, 1956, p. 88.



Fig. 11. Urania en el Tarot de Mantegna (1460-1470).



Fig. 12. Astrología en el Tarot de Mantegna (1460-1470).  
Foto: Wikimedia Commons

Destaca también por entonces Federico de Montefeltro, duque de Urbino, quien, asesorado

por el astrólogo Flavio Mitridate, decide decorar un “studiolo” en su residencia de Gubbio en 1480. Para ello, llama a Justo de Gante, Melozzo da Forlì y Pedro Berruguete, quienes evocan para él, en cuadros independientes, las Artes Liberales entregando sus atributos a diversas personas del entorno del duque, que se arrodillan frente a ellas sustituyendo a los maestros de antaño.

Por desgracia, hoy solo se conservan dos de estas tablas -Música y Retórica- en la National Gallery de Londres, pero se recuerdan por fotografías otras dos -la Dialéctica y la Astrología-, que se perdieron en Berlín en 1945. Por tanto, podemos decir que esta última aparecía como una mujer anciana velada, sostenía una esfera armilar y tenía a sus pies una corona, símbolo de preeminencia o recuerdo de Ptolomeo<sup>52</sup>.

Llegamos ya al final de nuestra exposición. En 1483 firmó Antonio Pollaiuolo el sepulcro en bronce de Sixto IV Borgia para el Vaticano. Su decoración es fastuosa: alrededor del papa se sitúan las siete virtudes principales, mientras que en los costados se encuentran, sentadas y en relieve, las Siete Artes Liberales, junto a la Filosofía, la Teología y, caso interesante, la Perspectiva. Estas figuras, sin maestros junto a ellas, pero acompañadas por niños y separadas por hojas de acanto, llevan sus atributos, su nombre inscrito y unos volúmenes con textos en latín.

En concreto, la Astrología consulta unos libros y mira hacia arriba mientras que tantea con su mano una esfera celeste en la que se evidencia la franja del zodiaco. El texto latino que la acompaña dice lo siguiente: “El que es apto para cualquier cometido tiene en su nacimiento una estrella poderosa que lo indica. El espíritu capaz de comprender alcanza la verdad mejor que el que se ejercita en la ciencia hasta donde alcanza. El amor y el odio proceden tanto del acuerdo de los astros como del nacimiento. La sumisión a los astros lleva a la armonía. El espíritu coopera con el poder celeste del mismo modo que el mejor agricultor, cuando riega y ara la tierra, coopera con la naturaleza de su campo”. No cabe mejor confesión de fe ante los principios eternos de la Astrología: Beroso y Manilio no lo hubieran dicho mejor.

Llegados aquí, renunciamos a seguir adelante: a lo largo del siglo XV, la Astrología ha ido conquistando los territorios de la Astronomía, ha pasado de manuscritos a cassoni, se ha difundido en naines, ha ocupado residencias y ha conquistado la más alta cumbre: el sepulcro de un papa. A partir de ese punto, ¿no puede aspirar a imponerse en el Escorial de Felipe II? ¿no puede cubrir la bóveda de su biblioteca? A quien quiera acercarse a este último paso, con las últimas dificultades que hubo de vencer, le invitamos a leer el tratado que, como dijimos al principio, estamos preparando sobre unos frescos tan asombrosos.

<sup>52</sup> Silva, 1998, p. 85-122 y lám. 15-17; Godwin, 2002, p. 94. Sabemos que Federico de Montefeltro era muy aficionado a la Astrología, y que el astrólogo de su corte era Flavio Mitridate, quien decía estudiar “la ciencia divina que hace felices a los hombres y les enseña a parecer dioses entre los mortales”.



- Carli, Enzo. *Giovanni Pisano*. Pisa: Pacini ed., 1977.
- Checa Cremades, Fernando. *Tesoros de la corona de España. Tapices flamencos del Siglo de Oro*. Bruselas-Madrid: [Editorial no mencionada], 2010.
- D'Alverny, Marie-Thérèse. "La sagesse et ses sept filles". En *Mélanges dédiés à la mémoire de F. Grat*, vol. I, 245-278. París: [s.n.], 1946.
- D'Ancona, Paolo. "Le rappresentazioni allegoriche delle Arti Liberali nel Medioevo e nel Rinascimento". *L'Arte* 5 (1902): 137-155, 211-228, 263-289, 370-385.
- D'Elia, Anthony F. *Pagan Virtue in a Christian World. Sigismondo Malatesta and the Italian Renaissance*. Cambridge: Harvard University Press, 2016.
- Delmarcel, Guy. "Los Honores. Tapices I. Colecciones del Patrimonio Nacional". *Reales Sitios* 16, n.º 62 (1979): 41-48.
- Dooley, Brendan, ed. *A Companion to Astrology in the Renaissance*. Leiden: Brill, 2014.
- Eisele, Petra. *Babilonia*. Madrid: Ediciones Escogidas, 2003. Publicado originalmente en 1980.
- Elvira Barba, Miguel Ángel y Carrasco Ferrer, Marta. *Arte y Mito*. Madrid: Guillermo Escolar Editor, 2025.
- Elvira Barba, Miguel Ángel y Carrasco Ferrer, Marta. "Observaciones iconográficas sobre Las Siete Artes Liberales de Giovanni del Ponte". *De Medio Aevo* 13, n.º 2 (2024): 491-508.
- Evans, Michael. "Allegorical Women and Practical Men. The Iconography of the Artes Reconsidered". En *Medieval Women. Studies in Church History*, vol. I, 305-329. Oxford: [s.n.], 1978.
- Frugoni, Chiara. "Arti liberali e meccaniche". En *Enciclopedia dell' Arte Medievale*, vol. II, 529-534. Roma: Istituto della Enciclopedia Italiana, 1991.
- Gabotto, Ferdinando. "L'astrologia nel quattrocento in rapporto colla civiltà". *Rivista di filosofia scientifica* (1889): 377-423.
- Grabar, André. *Las vías de la creación en la iconografía cristiana*. Madrid: Alianza, 1985. Publicado originalmente en 1979.
- Hohenbourg, Herrada de. *Hortis Deliciarum*. Editado por Rosalie Green. Londres: Warburg Institute, 1979.
- Houvet, Étienne. *La Cathédrale de Chartres*, vol. II. Chelles: [s.n.], 1925.
- Kasarska, Iliana. *La sculpture de la façade de la cathédrale de Laon*. París: Picard, 2008.
- Katzenellenbogen, Adolf. "The Representation of the Seven Artes Liberales". En *Twelfth Century Europe and the Foundation of the Modern Society*, editado por Marshall Clagett et al., 39-55. Madison: University of Wisconsin Press, 1961.
- Keller, Harald. *Giovanni Pisano*. Viena: Anton Schroll, 1942.
- King, David A. *Islamic Astronomical Instruments*. Londres: Variorum, 1987.
- Kluckert, Ehrenfried. "El sistema científico del Medioevo reflejado en el arte". En *El Gótico. Arquitectura, escultura, pintura*, editado por Rolf Toman, 484-485. Potsdam: Ullmann y Könnemann, 2007.
- Legner, Anton, comis. *Ornamenta ecclesiae. Kunst und Künstler der Romanik*. Colonia: Greven & Belchtold, 1985.
- Mâle, Émile. "Les Arts Libéraux dans la statuaire du Moyen Âge". *Revue Archéologique* 17 (1891): 334-346.
- Mâle, Émile. *L'art religieux du XIII<sup>e</sup> siècle en France*, vol. I. París: Armand Colin, 1968.
- Mütherich, Florentine. "Ein Illustrationszyklus zum Anticlaudianus des Alanus ab Insulis". *Münchener Jahrbuch der bildenden Kunst*, s. III, 2 (1951): 73-88.
- Noci, Francesco. "Astrolabio". En *Enciclopedia dell' Arte Medievale*, vol. II, 670-672. Roma: Istituto della Enciclopedia Italiana, 1991.
- Paolucci, Antonio, ed. *Il Tempio Malatestiano a Rimini*. Módena: Panini Editore, 2010.
- Pérez Jiménez, Aurelio, ed. *Astronomía y Astrología. De los orígenes al Renacimiento*. Madrid: Ed. Clásicas, 1992.
- Pérez Jiménez, Aurelio. "La doctrina de las estrellas: tradición histórica de una ciencia". En *Astronomía y astrología*, editado por Aurelio Pérez Jiménez, 1-42. Madrid: Ed. Clásicas, 1992.
- Pirani, Emma. *La miniatura gotica*. Milán: Fratelli Fabbri, 1966.
- Rey, Abel. *El apogeo de la ciencia técnica griega. I: Las ciencias de la naturaleza y del hombre*. México: Uteha, 1962.
- Rousseau, Pierre. *À la conquête des étoiles*. París: Hachette, 1956.
- Sarton, George. A History of Science. II. *Hellenistic Science and Culture in the Last Three Centuries B.C*. Nueva York: Norton, 1959.
- Saxl, Fritz. *La vida de las imágenes*. Madrid: Alianza, 1989. Publicado originalmente en 1957.
- Sebastián López, Santiago. "La tradición astrológica en el Renacimiento". En *Astronomía y astrología*, editado por Aurelio Pérez Jiménez, 237-264. Madrid: Ed. Clásicas, 1992.
- Seidel, Max. *El púlpito de Nicola Pisano en la catedral de Siena*. Florencia: Martello, 1971.
- Semenzato, Camillo y Alberto Antonio Berti. *Giotto e i giotteschi a Padova*. Milán: A. Mondadori, 1988.
- Seznec, Jean. *La survivance des dieux antiques*. París: Flammarion, 1980.
- Simon, Otto von. *La catedral gótica*. Madrid: Alianza, 1980. Publicado originalmente en 1956.
- Soldati, Benedetto. *La poesía astrológica nel quattrocento: Ricerche e studi*. Florencia: Sansoni, 1906.
- Taton, René, dir. *Historia general de las ciencias. Vol. I: La ciencia antigua y medieval*. 2 tomos. Barcelona: Orbis, 1988.
- Turchini, Angelo. *Il Tempio Malatestiano, Sigismondo Malatesta e Leon Battista Alberti*. Cesena: Ponte Vecchio, 2000.
- Vernet, Juan. "Astrología árabe". En *Astronomía y astrología*, editado por Aurelio Pérez Jiménez, 161-178. Madrid: Ed. Clásicas, 1992.
- Villette, Jean. *Les portails de la cathédrale de Chartres*. Chartres: Ed. Jean-Michel Garnier, 1994.
- Weitzmann, Kurt. *Ancient Book Illumination*. Cambridge: Harvard University Press, 1959.

